

Saludos del Embajador de la República de Cuba en Japón

Orlando Hernández Guillén

Para los cubanos tiene un profundo significado que esta distinguida Universidad de Estudios Extranjeros de Kyoto haya propiciado aquí en tierras tan alejadas de nuestro Caribe un encuentro trascendental dedicado a honrar la memoria de nuestro Apóstol en el 150 Aniversario de su Natalicio.

Reciba el rector Yoshikazu Morita y el profesor Kishiro Ogaki así como todos aquellos que han puesto su empeño en materializar este seminario nuestro corazón abierto, lleno de gratitud y cariño.

Es sin duda un gran compromiso para mí que gracias a la amabilidad y la gentileza de los organizadores de este importante encuentro yo me pueda dirigir a ustedes en el día de hoy.

En mi caso las circunstancias se hacen un tanto complejas pues hablar ante conocedores y estudiosos de América Latina y de Martí lo considero digamos algo así como un acto temerario. Más aun si dado el hecho de además de Embajador de Cuba en Japón, cosa que para mí representa un gran honor y una alta responsabilidad, la vida me deparó ser nieto de nuestro poeta nacional, Nicolás Guillén e impuesto los organizadores del evento (en realidad aún no sé como lo supieron) de mi parentesco hicieron más comprometedor aun mi intervención solicitándome reflejara algo de los nexos entre estas dos figuras de nuestra literatura y de nuestra historia.

Poetas ambos, fue Martí nuestro poeta Nacional en el siglo XIX y precursor de importantes movimientos literarios en el habla hispana, ambos compartieron también la vocación revolucionaria y las ansias de que nuestro pueblo fuera libre de todo yugo opresor y estuviera en capacidad de establecer con soberanía e independencia sus propios derroteros.

Martí es el artífice de nuestra guerra de liberación que culminó con establecimiento de una república neocolonial en 1902 pero que 57 años después en 1959 coronó nuestras luchas independentistas con la victoria popular el día primero de enero. Martí nuestro apóstol, fue quien avizoró y alertó a la nación cubana y al mundo, de las ansias expansionistas que se engendraban en los Estados Unidos y estableció como primer propósito de sus luchas, impedir con la independencia

de Cuba que se volcaran con esa fuerza mas sobre las tierras de América.

Fue Martí por tanto para Guillén, que nació siete años después de la caída en dos ríos del Apóstol no sólo una importante referencia y motivación en la creación literaria sino también el artesano que moldeó su devenir político, su compromiso con la independencia nacional su filiación al lado de los humildes y desposeídos y de esa proyección antiimperialista que mantuvo hasta el último día de su vida y que transcurrió a través de toda su obra poética.

Quiso el azar que hace 50 años conmemorando como estamos hoy el 150 Aniversario del Natalicio del Apóstol, era entonces el centenario, en Asia también, exactamente en Pekín, el Poeta Nacional intervenía dejando constancia valedera del impacto y la trascendencia de Martí en toda su vida. Así describió brevemente y a modo introductorio la trayectoria martiana.

“No fue en su hogar donde Martí encontró estímulo para el cultivo de su inteligencia, sino en casa de un poeta, Rafael María Mendive, quien le abrió las puertas del estudio. A los diecisiete años, el amor a su patria lo hundió en presidio, que describe en un folleto famoso; a los dieciocho lo arranca de la tierra natal, deportado a España, y la mayor parte de su vida ha de pasarla después viajando por países de la América española o residiendo en los Estados Unidos. A los cuarenta y dos, ese mismo amor le arrebató la vida en plena madurez creadora, el 19 de mayo de 1895. Como escritor, Martí es uno de los más grandes de la lengua. Orador, político, periodista, poeta, agitador, todo lo fue en magnitud excelsa.”

Más adelante señalaba:

“Martí es expresión muy acusada de su época, intérprete de su momento histórico no sólo fue un poderoso poeta por la amplitud del sueño, sino un hombre de acción capaz de convertir ese sueño en realidad.

Cómo se le ve, cómo se le siente entonces, diplomáticos unas veces, jefe autoritario otras, suave, duro, elástico, inflexible, domar caracteres rebeldes, apaciguar discordias, esclarecer enigmas, conducir multitudes.”

Esta descripción de cómo veía nuestro Poeta Nacional a Martí no dejara de motivar la memoria de quien haya conocido el poema de Guillén “Che comandante” a raíz de la caída del guerrillero heroico, asesinado por orden de la CIA en Bolivia. Poéticamente entonces lo describió así:

Firme la voz que ordena sin mandar,
que manda compañera, ordena amiga
Tierna y dura de Jefe Camarada.
Te vemos cada día maestro.
Cada día soldado, cada día
gente llana y difícil
Cada día.

Guillén siempre resaltó de Martí su acerada voluntad para alcanzar sus ideales libertarios, más de una vez le oí decir que como un martillo sobre un yunque nuestro apóstol persistentemente actuaba hasta alcanzar su propósito. No podría ser de otra manera quien tenía frente a sí el inmenso desafío de reorganizar y levantar las fuerzas insurrectas cubanas después, del fracaso de la Guerra del 68 y otros intentos intermedios, y lanzarlos a la lucha contra el poderoso ejército colonial de España.

En el trabajo ya citado, así caracterizaba Guillén este importante rasgo de nuestro Apóstol.

“Martí venció todos los obstáculos. La conciencia de la lucha revolucionaria fue en él una fuerza espiritual única, a la cual subordinó su don genial de poeta y escritor”.

Agregaba más adelante sobre el ideario martiano:

“Martí fue un revolucionario radical, que planteó la resolución de problemas cuyo solo enunciado era prueba de una anchura política extraordinaria: repartición de la tierra en un país solidariamente latifundista; igualdad racial a unos años apenas de la abolición de la trata de esclavos; predominio del pueblo frente a la tradicional dominación de la aristocracia; denuncia del imperialismo cuando sólo era una sombra que pocos veían en el horizonte nacional; expulsión de los españoles, que pronto iban a vaciar en el territorio cubano más de trescientos mil hombres; revolución armada y revolución de Cuba, cuando el pesimismo invadía zonas muy amplias del país”.

“Martí muere en el umbral de la guerra que él había desatado. Pero aunque hubiera vivido para presenciar el fin de la lucha en la forma que el mismo se produjo, no habría visto realizados sus ideales de político y revolucionario. Esto es lo que hace presente entre los cubanos que seguimos sus huellas aquella figura extraordinaria, que ilumina con el vivísimo resplandor de sus ideas no solo la tierra en que nació, sino el continente donde está esta tierra”.

A la altura de aquella fecha, septiembre de 1953, no sabía seguramente Guillén, o quizás tendría sólo noticias muy distorsionadas, recordemos la distancia y el exilio que él sufría y también la lentitud y la manipulación de las comunicaciones, de que sólo dos meses antes, una nueva generación de revolucionarios cubanos con las ideas del apóstol como bandera y sin vínculo con la militancia partidista del poeta se había lanzado, encabezados por Fidel Castro, a la lucha para culminar en Cuba la obra y los sueños martianos. Sin embargo apuntó:

“El ideario de Martí rige todavía, en Cuba y en la América Latina. Su lucha la de 1895, continúa en 1953, pues fue interrumpida abruptamente por un poder ajeno a los intereses que se debatían en ella. Entre tanto, el riesgo que el Apóstol avizoró hace poco más de medio siglo y con el hombre de aguda percepción política, como el general Maceo es ya fuerza brutal que nos ahoga. Nuestros ojos recorren el mapa de América y no ven por todas partes sino pueblos atados a un carro cuyo auriga se siente en Washington. ¿No previó esto Martí, más aún, no llegó a verlo, como si fuera realidad tangible entonces lo que a no pocos descreídos parecía afiebrada pesadilla?”

Por eso es que Martí tiene en Cuba una persistencia vital, casi física, que hace insoslayable su ejemplo, a causa de que históricamente es imposible evadir la realización de cuanto él dejó por hacer. Nuestra responsabilidad inmediata consiste en completar su Obra inconclusa”.

La revolución triunfante de enero de 1959 liderada por Fidel dio plena vigencia a los sueños y pensamientos Martianos para nuestro país “Te lo prometió Martí y Fidel te lo cumplió” verso con el que inicia Guillén su conocido poema titulado. “Se acabo”, fue también la primera lectura literaria que tuvo aquel millón de cubanos analfabetos que, como obra magistral de la Revolución y al mismo tiempo tributo al pensamiento del apóstol de que ser “Culto es la única forma de ser libres”, aprendió a leer en el año 1961 en una memorable campaña de alfabetización que volcó sobre los campos y los barrios humildes y marginados de Cuba a 100 mil adolescentes que llevaron ese saber elemental a sus compatriotas, hasta entonces olvidados.

El ascenso a la cultura constituye a la misma vez uno de los logros más significativos alcanzados por la Revolución Cubana en estos 44 años y se convierte hoy en una de las tareas de mayor proyección universal en que esta involucrada nuestra sociedad.

Extinguido el analfabetismo todos nuestros jóvenes alcanzan como mínimo el 9^º grado, tenemos 30 graduados universitarios por uno que hubiera en el 59. Poseemos el mayor indicador de maestros per cápita en el mundo, para cada 20 de nuestros niños hay un maestro en primaria y uno para

cada 15 en la educación secundaria. Hoy los niños de primaria cubanos ocupan el primer lugar mundial en conocimiento de matemáticas y lenguaje y avanzamos en empeño de universalizar los estudios universitarios de manera que este nivel sea alcanzado por el mayor porcentaje posible de la población. Precisamente a este último programa de la Revolución donó el destacado intelectual Mexicano Pablo González Casanova el premio José Martí de la UNESCO con el que fue galardonado hace sólo unos días.

En fin Guillén tuvo el privilegio de ver mucho de sus sueños que eran también los de Martí convertidos en realidad.

Por eso me valgo de estas palabras de el sentenciadas en 1964, es decir, 5 años después del triunfo revolucionario para concluir mi intervención.

“Durante muchos años, todos los que van desde la instalación del protectorado yanqui hasta la Revolución encabezada por Fidel, politicastros y oportunistas nos presentaron a Martí de tal modo que no entrara en conflicto con todo lo que fue conflictivo para él: la explotación de unos hombres por otros, la adulación al tirano, la humillación de la pobreza, la sombra de una libertad de bronce y granito, una libertad fría, bárbara, monstruosa, proyectándose sobre la indefensa libertad de nuestros pueblos americanos.

Hoy Martí nos pertenece en su total dimensión. Puro, enérgico, clarividente, como hombre de Estado; duro y centelleante a fuerza de paciencia creadora, como artista; Sincero y avisor, como ciudadano. Es el Martí nuestro, de su pueblo, libre de los floripondios de papel pintado con que lo disfrazó la estolidez de liberales y conservadores; el Martí que se incorpora de su mármol fúnebre y apostrofa a quienes alquilaron la patria a gentes extrañas y mendigan hoy de esas mismas gentes un sitio entre los lacayos, y tiran del coche imperial enjaezados y contentos, mientras el látigo resuena sobre sus espaldas”.

Ah, no penséis que su voz
es un suspiro. Que tiene
manos de sombra, y que es
su mirada lenta gota
lunar temblando de frío
sobre una rosa.

Orlando Hernández Guillén

Su voz abre la piedra, y sus manos
parten el hierro. Sus ojos
llegan ardiendo a los bosques
nocturnos; los negros bosques.

Tocadle: veréis que os quema.
Dadle la mano: veréis
su mano abierta en que cabe
Cuba como un tomeguín
de finas alas seguras
por la tormenta. Miradlo:
veréis que su luz os ciega.
Pero seguidlo en la noche:
¡oh, por qué claros caminos
su luz en la noche os lleva!